DISCURSO DE INCORPORACION

Dr. CARLOS A. DISANDRO

I

No es fácil resumir lo que quiero expresar en este momento, apartando los trasfondos afectuosos que me ligan a estas autoridades académicas y a estos distinguidos colegas, que me reciben en la vigilia de su comunidad docente. Intentaré sin embargo este resumen, en una cifra que ciñe la natura de la Universidad y su destino americano. Esa cifra y resumen es como ofrenda que esplende modesta y nítidamente en los ámbitos en que ardieron tantos fuegos consagrados, tantas vigilias fervorosas y tantas *aerumnae studiorum.* Esa cifra convive además, creo, los tenaces e inderogables empeños de clarificación espiritual y racional, que reúne a todos los colegas de esta ilustre casa, en vigilia más honda en su cincuentario de fundación, por el empeño de proyectarla como madura obra del espíritu.

II

Mi primera reflexión partirá de dos términos griegos, de densa semántica recapitulatoria, aplicados ahora a la natura de la *universitas magistrorum et studentium: logos* –sentido fundamento y proporción– y *perikhóresis* –trasiego, recurrencia, interiorización–, el primero referido a su esencia, el segundo a su dinámica. Llamemos a la universidad el territorio o ámbito del *logos* para advertir la extraordinaria repercusión de su tarea, sus esfuerzos y sus ideales; llamésmole, con mayor afincamiento entitativo, la patria del *logos,* el destino de su radicación histórica, allí donde la mente y el *logos*, en articulada potencia constructiva, elevan los *sapientum templa serena,* para que advenga esa incontrastable vigencia del hombre, abierto a la consumación de las cosas celestes. Pero el *logos* se ahonda en dos perspectivas fundacionales, sugeridas a su vez en dos compuestos helénicos: *dia-logos, philo-logos.* Si la Universidad es el territorio, entitativamente sustentado en el *logos* o por el *logos*, es por consecuencia territorio de *dia-logos,* en que conviven los penetrales metafísicos y los aconteceres mostrencos, que avizoran o recatan horizontes más vastos. *Universitas* que es *logos, universitas* que afinea el *dia-logos* en su vida connatural y repartida; *universitas* que entraña siempre la actitud y la veneración de *philo-logos* nos retrotraen a las profundas raíces platónicas de una fundación espiritual, que debemos re-anudar en la Magna Grecia Americana.

En las profundas recesiones de la semántica griega, de *logos, dia-logos, philo-logos,* se recela la construcción de un humanismo, que sería el tema o la obra del arte mayor universitaria: no sólo los saberes, sino el Saber; no sólo los recursos, sino el Pensar; no sólo el anhelante flujo de lo adquirido, sino el vigor entitativo de lo adquirente, que

procede como la natura con las flores hasta dar los lirios: *rudimenta naturae lilia facere condiscentis.* No sólo el ensimismamiento, sino el arte de crear en la vastísima escala que media entre el barro y la lumbre.

Por oficio y por vocación debo subrayar el tercer configurante, o sea, *philo-logos,* no en el sentido de una ciencia acontecida con rigor apodíctico y descriptivo, sino en la línea fundamental de un tercer humanismo, a que somos convocados. Pues por esa inasible veta del *philo-logos* adviene la conciliación de las fuentes y el decurso, la vislumbre de territorios ignotos, y por allí la articulación de una historicidad que no sea mera platitud de lo fenoménico y mostrenco. Pues la *Universitas,* siendo marco de una *lectio* para la construcción o itinerario de cualquier ciencia, articulando *logos* y contorno, prepara o debe preparar para la *lectio rerum,* y entre éstas, para la *lectio hominis.* Resumiría esas expresiones de fuerte contexto latino en la siguiente llana traducción: la *universitas* remodela el sentido histórico y entonces si se desafinca de *logos, dialogos, philologos,* puede ser devorada por la historicidad. Ahora bien, la *lectio codicum* y la *lectio rerum aut hominis,* son dos instancias de la misma refulgencia del *logos,* salvo que en la segunda se trata del arte mayor de construir, y en la primera del arte recapitulatoria de especular. La *universitas* articula y congrega, y propone entonces la fundación de un pueblo de artistas, no aquí en el sentido estético, que no está excluido, sino en el sentido óntico, pues advienen los lirios, no sólo la presunción de los lirios, lo que es el más alto sentido estético desde luego: el de la fundación irrestricta.

III

El segundo término es *perikhóresis,* la palabra de honda significación en la filosofía griega y en el lenguaje de los primeros teólogos cristianos, en el griego de los Padres greco-orientales. Ahora la tomo en su connotación de trasiego, que no es el mero flujo que pasa, sino la categoría del donar y acrecentar, el *incrementum* que para el hombre reabre las puertas de la beatitud.

En un eje vertical la *universitas* es trasiego de las ciencias, de los saberes, en el marco de aquel saber que define al hombre: *homo capax Dei,* dice San Agustín. En el eje horizontal es trasiego de las generaciones que radican el saber, lo decantan, lo interiorizan; o bien, lo dilapidan, lo entenebrecen, lo instrumentan como recurso de dominio.

La *universitas* es *perikhóresis,* es trasiego ilimitado en el límite óntico de su naturaleza racional. Pues de otro modo no podría acontecer lo que está inscripto en su densa semántica latina: *universitas rerum, universitas hominum, universitas scientiarum,* en fin, *universitas magistrorum et studentium.* La *perikhóresis,* el trasiego no es el exterior reclamo de logros cuantitativos, que en el reino de la cantidad aniquila precisamente la energía fundante del trasiego. Es ante todo mirada desde el Uno a la diversidad de las partes; mirada desde las partes al Uno inconfigurado e inconfigurable, *ápeiron* dicen los magnos helenos; y mirada desde las partes y el Uno, dinámica de un acontecer de la inteligencia, que es eso, *inter-legere,* entreleer las relaciones multívocas, interpretar las líneas de ascenso, descenso y variación congruente; disponer el oído para las escalas pitagóricas, para inteligir el misterio de los intervalos promotores que afincan, de las sonancias que develan, del fuego que oculto en la ceniza presume del hombre que lo enciende. Es este el trasiego profundo de que habla Platón en su carta VII, de aquel fuego que en el alma vive al fin de su propia sustancia (*αὐτὸ ἑαυτὸ ἤδη τρέφει* –341c). El otro, el trasiego histórico-generacional necesita de este fuego inextinguible, de esa inte-

ligencia de la navegación espiritual: avizorando constelaciones acostumbradas o ignotas, la ciencia empírica del timón fuerte y decisivo, el saber del mar y las tempestades inconcusas, vastas o sutiles. Es esta la referencia más importante entre *universitas* y juventud, la que no es un estamento, sino un puerto. Un puerto de articuladas conmociones, inspiraciones categóricas, como este puerto vasto que ahora nos cobija, tanto de la ignota y difícil montaña, como del océano inaccesible para unas manos imperitas. Esta referencia de *universitas* y juventud trueca sus repercusiones cotidianas en la severa impronta del arte de construir el hombre, no por el logro mecánico del número dominado, y contra el fácil desasosiego de un flujo que transcurre hacia la indiferencia óntica y ética. Es la segunda navegación platónica, la navegación metafísica, en trance de trascender el acontecer que no se incardina, hacia la concreta convivencia que forja incluso en medios de los vientos crueles.

IV

Una segunda reflexión aduce nuestra condición americana, nuestro entrañamiento en una tierra inmadura, nuestro contorno telúrico, nuestra radicación lingüística insoslayable y fundamental. Muchos capítulos podrían abrirse en esta reflexión, muchos capítulos de incontables resonancias en tiempos contradictorios que nos exigen fidelidad y decisión creadora. Aludiré a uno solo, congruente por otra parte con mi oficio, es decir, con mi deber, mi tarea y mi empeño: me refiero a la dimensión lingüística, de una interacción desconocida quizás en tiempo ya acontecidos.

En efecto, en un dominio lingüístico de incalculables proyecciones como es el de la lengua castellana, la universidad apunta a purificar, consolidar y profundizar esa radicación lingüística, sin la cual no existe ni puede existir ciencia alguna. Y esto no en el sentido de una docencia instrumental, siempre necesaria desde luego, sino en una doble relación fundamental, positiva y negativa diríamos. Por la primera, la *universitas* redimensiona el saber al trasegarlo de los libros a la experiencia, de la experiencia a la elaboración, de la elaboración a la secuencia concipiente que resume el mundo y lo pliega a la proferición lingüística. Es este el grave problema planteado en la modernidad entre ciencia y semántica, ostensible con particular nitidez en la física, la lingüística, la filología y la historia. Pero esa tensión sacude todo el organismo espiritual de occidente y es en mi concepto una de las causas más profundas de la violencia irrestricta. Hay un capítulo por escribirse que se intitula "Violencia y Semántica", y cuyos aledaños más relegados alcanzan el sentimiento del mundo y el régimen de los modelos indiferentes que pueden contener, inducir, guiar o interrumpir la tarea del hombre, es decir, la construcción del hombre. Esa tensión que no respeta ningún territorio tiene sus raíces más profundas en una crisis lingüística, en una reversión semántica, de incalculables repercusiones, como vastos sacudimientos geológicos que quiebran las venerables configuraciones telúricas acontecidas. Y podría citar en este respecto no el testimonio de lingüistas o de filólogos, sino de físicos o biólogos, de contrapuestas imágenes cósmicas, antrópicas o microcósmicas, como sería el caso de W. Heisenberg o de J. Monod. Que un físico como W. Heisenberg proclame bajo el cielo nítido de Atenas la superioridad de la semántica poética sobre la semántica física, y recupere para la tarea humanista a Píndaro y a Sófocles, es un signo de estas paradojas; y a su vez que un biólogo como Monod, al reinterpretar los fenómenos totales, desde una perspectiva democrítea, en que los modelos son absolutamente azarosos e intramundanos, está indicando el curso de las graves circunstancias apuntadas.

Pero definimos también una relación negativa, que es un corolario de la primera. Siempre se entiende el no ser desde el ámbito del ser, y en esto somos antípodas de todo materialismo y en particular del materialismo dialéctico, y nos incardinamos naturalmente en la referencia helénica. Esa relación negativa se refiere a la "guerra semántica" que ha puesto sitio a la Tradición y que revierte el apotegma ciceroniano: *Antiquitas proxime accedet ad deos.* No se trata de que vayamos a vivir con pellico de pastor, según el lenguaje de Cervantes, sino precisamente de reasumir, alentar y promover una semántica que articule *fuente* e *historicidad.* El equilibrio semántico y la depuración semántica se inscriben en la tarea prioritaria de toda Universidad, y sin ello no advendría lo que dice justamente el nombre: la semántica de la unitotalidad articulada y sublime.

Pero dentro de la semántica castellana nosotros somos americanos, y en esa incidencia se replantean profundas interacciones a las que sólo puedo aludir brevemente para completar el marco de mis reflexiones. Tres recursos fundamentales habría que examinar previamente para luego relacionarlos con el ser de la universidad. Ellos son: el nuevo contorno telúrico, las fronteras lingüísticas entre castellano y estirpes indígenas, y el acto de repensar y releer las fuentes espirituales y culturales, sin atenerse, por sí y de suyo, a la erudición europea.

Lo que resulta naturalmente más conflictivo son los apartados segundo y tercero. De todos modos algunas soluciones deben darse, y aquí la universidad representa el órgano de fundación y trasiego de una cultura americana. Señalo ahora provisoriamente, en cuanto al segundo, o sea las fronteras lingüísticas, que en la perspectiva anteriormente aducida, el castellano inserta tierra y estirpe, pero no es insertado; en tanto que el indígena es insertado, y no inserta. No es una cuestión ideológica, es una cuestión empírica, tanto como la relación mineral que hace surgir la gema en la profunda alquimia telúrica, o la estructura biológica que funda la relación bióptica en el hombre.

En cuanto a la tercera, o sea, la *lectio mundi aut fontium,* enfrenta América un acto creador que designo con el nombre de Magna Grecia Americana. Y es allí sin duda donde la tarea de la universidad es realmente dramática. Allí también acontece la superior dignidad de América hispánica, no por esquemas de confrontaciones obsoletas, sino por el ciclo cumplido del hemisferio norte. Adviene quizás el milenio del hemisferio sur y en ese trasiego alúmbrase el destino incalculable de la hermandad chileno-argentina que representamos, hermanos inconfundibles entre todos los hermanos, y la tarea que nos compete por ser nosotros, chilenos y argentinos, los hiperaustros que recogemos la lumbre olímpica de los hiperbóreos.

V

Una tercera reflexión en fin, que no puedo eludir, se refiere al Evangelio agapístico que nos radica en un vínculo dinámico de *visibilia et invisibilia Dei.* Por cierto, no todos aceptarán ese vínculo, o en mi lenguaje esa semántica, y debemos respetar esas contrastantes precisiones. Pero tanto el ámbito en que hablo, como la convicción de quien habla, redimensiona de un cierto modo americano, o sea, histórico concreto aquella significación de *visibilia et invisibilia Dei,* de cuya matriz divino-humana procede la instalación cultural en el mundo, la instalación que nosotros elegimos. Pero el Evangelio agapístico se define en estas resonancias que aduzco por dos notas esenciales que interesan a la universidad: ser es dar, el *didonai* misterioso que radicalmente nos coloca en el ser, en la gracia y la santidad; y la segunda que define la *amicitia* cristiana, en los términos conmovedores del texto de San Juan: *ya no os diré siervos, os he llamado amigos* (XV,15). Ser es dar

trueca todas las relaciones semánticas, que concilian las urgencias de la historicidad. Nos transformamos según los trasfondos del griego teológico en "padres y poetas". La *amicitia* cristiana define otra consecuencia desconocida para el antiguo, por la que paradójicamente abrimos un camino de beatitud. Y en el vínculo de universidad y Evangelio agapístico veo resumida la radicación en un horizonte que nos torna dadores, en tanto creamos, y amigos del mundo y del hombre, en tanto cuidamos, elegimos y obramos.

VI

Distinguidos colegas: He seguido un curso ascendente en el triple pliegue de una reflexión que interioriza. Me permito un brevísimo resumen para recoger los hilos de una temática tan conmovedora.

En primer lugar, definí la *universitas* desde el ángulo de su esencia (el *logos*) y desde el misterio del trasiego que acrecienta *(perikhóresis)*. Subrayé entonces los recursos de *dia-logos* y de *philo-logos,* que concretan el saber universitario. Mostré que en el trasiego se esconde el principio del *incrementum* humanístico, para no caer en los abismos de una soberbia que destruye.

Enseguida, en un segundo fraseo, hice bajar a América y a América del Austro mis reflexiones especulativas y traté de circunscribir esa historicidad como una urgencia que nos liga desde las profundidades semánticas por las que somos historia, a una tarea humanística concreta para los siglos que vienen. Deduje para la universidad el carácter de órgano semántico, que equilibra por un lado, y por otro repliega la funesta guerra semántica, que es una violencia contra el ser del hombre. Señalé aquí el destino de los hiperaustros y aduje un horizonte de incalculables proyecciones en la hermandad que nos funda.

En fin, en un tercer compás hice resonar la cuerda del Evangelio que nos define para otros aledaños, el evangelio agapístico de la *amicitia* cristiana, trasladada al misterio del *ser* como *dar.*

Pienso que estos capítulos, apenas esbozados, resumen un vasto continente donde las antiguas constelaciones brillan con renovado fulgor, y donde las nuevas figuras de un cielo desconocido para Virgilio y para Dante, presumen eso que llamé en lenguaje designativo empírico: relectura del hombre.

En esa dimensión, en la *lectio hominis,* vengo a aprender de Uds. en la mansa tarea cotidiana, sin presumir de otra cosa que no sea lo que mi maestro Virgilio coloca en la semántica del verbo *resonare,* como Uds. saben inscripto en sus primeros hexámetros gloriosos. "Sonancia" y "resonancia" congregan el oído sutilmente afincado en las escalas combinatorias del mundo. Pero es la resonancia la que despierta el hambre de lo que sugiere la palabra *universitas,* es la resonancia la que hace distinguir sendas viables y piadosas, o abismos devorantes y funestos, es en fin la resonancia que aprendemos del otro, que nos liga a los otros y a todos, en una suerte de común destino de peregrinaje y afincamiento: afincamiento en esta tierra americana, en la expectativa de este puerto, abierto sin embargo a la vastedad del mundo; y peregrinaje por las insólitas escalas del espíritu, en medio de tempestades que quizá nunca conoció nuestro periplo universitario. Naveguemos pues, precisamente porque las tempestades son fuertes.

* * *